

¿Con quién ensayar el vuelo? ¿Para quién la confianza pueril? La ilusión temprana, ¿compartida con quién?

Única para escalar el monte, única para cruzar el río, única para contemplar la aurora.

"Hiram".

Callado despetalar de la nieve. Ella presente, la insaciable. Sollozo encarcelado. Suspiro el último. Amadas manos del hermano, blancas y dormidas.

Desolación, amargura de lo amargo, sudario de angustias cubriendo el mundo todo.

Mas la vida estaba ahí. En la noche larga de su pena, nuestra hermana, Fresia Brenes de Hilarov, enciende los luceros de su canto, y artista alada, en su Sinfonía Lírica se remonta, con los amores puros, sus dolores grandes, y la belleza eterna.

Alicia CASTRO ARGUELLO.

San José, Costa Rica.
Mayo, 1949.

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

"Los cuentos de mi tía Panchita"

(En el Rep. Amer.)

(A la memoria de Carmen Lyra).

Allá en las postrimerías de la administración Cortés, cuando el Gobierno resolvió levantar la pena que me había impuesto por mi decidida conducta de estudiante "revoltoso", inicié la carrera en el Magisterio yéndome a trabajar a una escuelita en el corazón de las montañas del Sur, en la ranchería de Bijagual Abajo, a tres horas de Santiago de Puriscal. Entre los bártulos de mi equipaje se encontraba un libro de *Cuentos de mi Tía Panchita* que yo había metido en la baliya sin prever que iba a constituir un tesoro inagotable de agradables emociones para los corazones infantiles y adultos de los sencillos habitantes de aquel apartado lugar. El pueblo estaba formado por unas tres docenas de ranchos tirados al azar sobre la abrupta topografía surcada por infinidad de trillos que subían caracoleando las lomas, bajaban en zig-zag a las cuencas enmarañadas de matorrales, penetraban en la húmeda oscuridad de los bosques y descendían a los llanos, atravesando yurros y quebradas, uniendo rancho con rancho a manera de agujas que cosieran con puntadas fraternales la unidad de la familia campesina.

Me llamó la atención la escuela construída por los propios vecinos. Le faltaba una pared; el piso era de tierra y los muebles toscos y anti-higiénicos. Con todo y eso, se alzaba como un símbolo del esfuerzo de aquel pueblo que a la sazón no tenía iglesia ni pulpería.

Nunca olvidaré a los niños: caras sonrosadas por el sol de los caminos, pantalones media pierna, sombreros de paja y machetes a la cintura que dejaban en la puerta de la escuela después de haber gritado el "buenos días".

Poco después de iniciadas las labores, leí el primero de los Cuentos de mi Tía Panchita. Indescriptible fué la alegría reflejada en los rostros de los pequeños, que con los ojillos vívaces y la sonrisa a flor de labios, seguían paso a paso las peripecias del astuto Tío Conejo. Al siguiente día, terminadas las la-

bores, observé que uno de los niños se me acercaba en actitud de decirme o solicitarme alguna cosa. Interrogado, me contestó balbuceando:

—Mi mamá dice que si usted le puede hacer el favor de prestarle el libro de cuentos.

Y poco después recibí de manos de otro alumno un papel, escrito a lápiz con caracteres grotescos casi ininteligibles, en el que se me invitaba a un rosario que habría de celebrarse por la noche. Se me rogaba, eso sí, que llevara el libro de cuentos que ya conocían por referencias.

Y aquella noche, después de haber caminado dos kilómetros por uno de tantos trillos, alumbrándome a medias con una linterna, llegué a la casa del rezo. Se trataba de la vela del "Santico", una imagen de colores chillantes enmarcada con verolices, que recorría el pueblo de rancho en rancho una vez por mes. Me colmaron de atenciones y haciéndome pasar al interior tomé asiento cerca del altar donde estaba el "Santico" alumbrado por dos velas de esperma y adornado con gladiolas y reinas de la noche. Pude enterarme, un poco turbado, que era objeto del examen de todos los presentes y que a través de las rendijas de la pared que separaba la sala de la cocina, me acechaban multitud de pupilas de mujeres que no se atrevían a descubrirse. Después del oficio religioso, cuando todos los presentes hubieron consumido el café y el tamal asado, alguien en voz alta anunció que el "mestro" iba a contar un cuento. La sala se llenó entonces de gente y se hizo un vacío en el murmullo reinante. Me decidí a hablar. Dije unas cuantas palabras alrededor del libro que tenía entre las manos y acto seguido comencé la lectura del cuento titulado "Uvieta". Todos seguían atentos el relato; los lapsos de silencio profundo alternaban con risas y comentarios breves que recorrían toda la casa, desde el corredor hasta la cocina donde estaban apiñadas las mujeres. Luego vinieron otras narraciones, la de Tío Conejo y Tío Tigre, la

de El Tonto de las Adivinanzas, la de El Cotonudo, etc., etc. Fué una noche inolvidable en mi incipiente carrera pedagógica, a partir de la cual el libro de *Cuentos de mi Tía Panchita* inició su larga peregrinación llevando jocosidad a todos los hogares, enlazando, como los trillos, a la familia campesina con su mensaje de alegría.

Terminado el curso lectivo, y de regreso en la casa, mi madre que me ayudaba a desocupar las valijas, me dijo:

—Muchacho, ¿qué es esta porquería que traes aquí?

Y haciendo una mueca de asco sostenía entre el pulgar y el índice algo que parecía haber sido libro en otro tiempo. Se trataba, en efecto, del ejemplar de los *Cuentos de mi Tía Panchita*, sin cubiertas, totalmente sucio, con las puntas de las hojas enrolladas como flecos y lleno de manchas. Aquel libro había pasado página a página por las manitas precozmente endurecidas de los niños; había sido tocado por las toscas y sudorosas manos de los labriegos y por las manos infatigables de las mujeres. Había recorrido todos los caminos y penetrado en todos los hogares. Por eso estaba así, curtido, como los rostros de los campesinos. En sus hojas estaba impreso, en forma de manchas, el vapor caliente del rústico trapiche, el tibio vaho de los bueyes, el sabor de la caña de azúcar, el crujir de los bambúes, los colores de la carreta, las granzas aventadas del arroz, el olor sofocante de las hojas de tabaco, el barro y el polvo de las veredas. Toda el alma de Bijagual Abajo estaba condensada en la suciedad de aquel libro maravilloso.

Compañera Carmen Lyra: He escrito estos recuerdos a tu memoria. Es probable que aquellas buenas gentes del lejano caserío de Puriscal, que tanto se deleitaron con tus preciosos cuentos, ignoren que tú, para vergüenza de la Cultura, moriste en el exilio, lejos de la Patria que tanto amaste. Pero ya vendrán días mejores. Entonces contaremos en todos los rincones del país un nuevo "cuento": la historia de tu vida de mujer noble y generosa, de maestra abnegada, de escritora genial y de militante prominente del Partido del Pueblo.

Edwin MADRIGAL,

Caracas, julio de 1949.